

La controversia de la infidelidad y los celos

Por **ENRIQUE GUARNER**

La publicación en 1857 de «Madame Bovary» por Gustave Flaubert causó un escándalo a la sociedad francesa de la época. La razón partía del momento de satisfacción después de que Emma comete el adulterio y que el escritor describe así: «Al verse en el espejo se asombró de su rostro. Nunca había tenido los ojos tan negros, tan sobre manera profundos. Transfigurábalas un cierto toque sutil que se extendía por su persona.

«¡Tengo un amante! ¡Tengo un amante!, repetíase. Esta idea la deleitaba como si sintiera el surgir de una nueva pubertad. Iba a gozar por fin de esos placeres amorosos, esa desusada felicidad que había tenido por inasequible. Penetraría en un paraíso maravilloso donde todo sería pasión, éxtasis, delirio; una luz inmensa la circundaba; las cumbres del sentimiento resplandecían señoreadas por su imaginación y el vivir cotidiano ofreciase en su profundidad, en la sombra, entre las vertientes de aquella altura».

Esta reseña posterior a un episodio de infidelidad nos muestra la batalla que el escritor de Rouen libró consigo mismo, puesto que Flaubert hizo su famosa admisión: «Madame Bovary c'est moi». En el fondo el autor trataba de luchar en contra de la insatisfacción que deja la vida monógama.

Recuérdese que Emma casada con el prosaico aunque buen médico Charles Bovary se siente desencantada y neurótica, anhelando encontrar algo distinto que llene su vida. Inicialmente se enamora del pasante de notario León Dupuis, sin que tal amor rebasa el período platónico. Sin embargo, más tarde aparece el sibarita y solterón egoísta Rodolphe Boulanger con el cual la protagonista vive el romanticismo erótico.

Finalmente y para conciliarse con la moral de su época, Flaubert condena a Emma a la ruina al caer en manos del inescrupuloso usurero Leurex y al suicidio envenenándose con arsénico. No es hasta después que Charles Bovary se entera de los devaneos de su mujer.

¿Cuál es el factor que lleva a determinadas personas al cambio de pareja? La respuesta es que muchos prefieren el que en sus vidas no haya nunca variación. Esto sucede aunque si se pudieran verificar estadísticas, la razón parte de que son incapaces o temerosos de llevar a cabo aquello que les gustaría más. Es decir, manteniéndose en la monogamia se forma una especie de hábito y aquel que se acostumbra a un placer moderado no lo abandona, porque tiene miedo de obsesionarse con un nuevo objeto. Sin embargo, siempre cabrá en ellos la idea de que el hábito es una cosa y el verdadero goce otra muy distinta.

Los que desean una vida tranquila racionalizan que la estabilidad les provee de una cierta felicidad que sería perturbada por la presencia de un

nuevo ser dentro de sus vidas, el cual les obligaría a tomar decisiones y hasta responsabilidades u obligaciones.

Sin embargo, debemos aceptar que existen personas que no encuentran el placer total en una condición estática, porque ella los lleva al aburrimiento y buscan el cambio porque éste en sí mismo despierta intereses frescos. Por lo tanto, en lo que concierne a la vida sexual, los analistas nos enfrentamos con situaciones contrastadas que merecen el estudio psicológico. Como este artículo se refiere a la infidelidad, ignoraré a aquellos que aceptan el hábito y me ocuparé principalmente de los individuos inquietos cuya felicidad depende de la inconstancia y la variedad.

Debo hacer como observación general que la mayoría de ellos no buscan como finalidad la culminación en el orgasmo, sino que de lo que están necesitados es de nuevas relaciones, de conocer a alguien íntimamente que les revele algo diferente de lo que tienen. Una paciente de Theodor Reik le aseguraba que no sentía celos de la amante de su esposo porque podía acostarse con ella, pero nunca hablar con profundidad. En la novela de Joseph Kessel «Belle de jour», la protagonista que era una mujer casada con un médico excelente y bien parecido necesitaba denigrarse en un burdel con personajes inferiores para romper la monotonía de su vida conyugal.

Existen hombres y mujeres que necesitan tanto de la variedad sexual que la privación de la misma les acarrea un verdadero martirio. Ignorar esta situación y esperar de ellos un matrimonio totalmente monogámico con una fidelidad inviolable, constituye una proposición derogatoria hacia una necesidad física. Es más, se condenan sus deseos legítimos por razones y prejuicios religiosos dando validez a una forma de hipocresía. Nuestras convenciones sociales y morales deberían volverse más elásticas para disminuir su neurosis.

El simple deseo por la variación es un hecho incontrovertible porque en la fantasía sexual tanto del hombre como de la mujer surgen imágenes de aquellos que en ese momento desearían poseer. Es por eso que la interrogante de ¿Con quien me engañas esta noche? resulta siempre válida.

Los celos y la infidelidad

Comencemos por decir que a la persona celosa no le importan los deseos o el placer que pueda experimentar su compañero. Prefiere verlo infeliz a que obtenga el goce con otro ser. Nada importa más que el propio egoísmo y el aniquilamiento del rival. El pensamiento básico parece ser: «Mejor mueras a que logres satisfacción con alguien distinto a mí».

El extremo de la irracionalidad se observa en ciertas personas que con-

sideran como insignificantes sus propios deslices pero no toleran ninguna aventura en el compañero. Por lo tanto, el concepto de la propiedad privada se encuentra siempre sumergido en los celos, los cuales parten del temor de perder aquello que uno posee, o sea el objeto amoroso.

Las manifestaciones de los celos se vuelven grotescas especialmente en el campo físico porque surge de inmediato la idea de que los órganos sexuales del otro constituyen la reputación de uno, lugar sumamente ridículo para colocar el honor humano. Los que pensamos que nuestro cuerpo nos pertenece a nosotros mismos encontramos que esta concepción raya en la irracionalidad.

En el fondo de los celos no hay amor, puesto que lo único que se hiera es la autoestima. Tan distorsionada resulta la reacción a los mismos y a sus consecuencias que la ley los considera como virtudes, puesto que actúa indulgentemente con aquellos que asesinan en un arranque de celos.

Para concluir este artículo sobre la futilidad de los celos y la infidelidad, quisiera citar al antropólogo James George Frazer quien en su libro «Totemismo y exogamia» de 1910 nos decía: «No es probablemente un mero accidente que las dos razas más pacíficas del mundo, los esquimales de las regiones Árticas y los Toda del Sur de la India, ninguno de los cuales sufren guerras; sean los pueblos más inmorales en su vida sexual. La razón es simple, ambas tribus están libres de la pasión sexual de los celos que es la que causa dissentimientos, peleas y asesinatos entre los seres humanos. Para nosotros la felicidad doméstica en la cual el amor sexual tiene su fuente, está plagada de tristeza, lágrimas y sangre ocasionada por la monogamia».

